



Conde Flores

Grandes guerras se publican
por la tierra y por el mar
y al conde Flores le nombran
de capitán general.

Acaban de ser casados
ya se tienen que apartar
“¿Cuántos días, cuántos meses,
piensas estar por allá?”

“Deja los meses condesa
por años puedes contar,
si a los tres años no vengo
viuda te puedes llamar.”

Pasaron los tres y cuatro,
nuevas del conde no hay
y un día estando en la mesa
su padre le empieza a hablar:

“Deja llantos, condesita,
hija te puedes casar.”

“Carta en mi corazón tengo
que don Flores vivo está,
deame licencia, mi padre,
para el conde ir a buscar.”

“La licencia tienes, hija,
mi bendición además.”

Se arretira a su aposiento
llora que te llorarás.

Medias tenía de seda
de lana las fue calzar,
tenía zapatos de rosa,
los puso de cordobal
y un abrial de seda verde
que me diste al esposar.



Arriba del abrial puso
un vestido de sayal,
cogió un bardón en la mano,
se marchó peregrinar.

Anduvo siete reinados,
morería y cristiandad,
al llegar a unos pinales
gran vacada fue a encontrar.

“Vaquerito, vaquerito,
¿de quién guardas tantas vacas?
todas de un siño y señar.”
“De la guerra vino a rico,
mañana se va a casar,

ya están las gallinas muertas,
ya están amasando el pan.
Y las gentes convidadas
de lejos llegando están.”

“Vaquerito, vaquerito,
más te quiero preguntar
por el camino más corto
me has de llevar allá.”

Jornada de todo el día
en medio la hubo andar
al llegar frente al castillo
con el conde fue a encontrar.
“Ay, que ojos de romera,
que en mi vida he visto tal.”

“Si los has visto, buen conde,
que en Sevilla estado ya.”
“Si tu eres de Sevilla
que se cuenta por allá.”
“Del conde Flores, señor,
poco bien y mucho mal.”

Mete una mano al bolsillo
y un real de plata le da.
“Pa tan rico que es usted
poca limosna es un real.”



“Pídame usted, romerita,
que lo que pida tenderá.”
“Yo pido ese anillo de oro
que en tu dedo chico está.”

Ella empezó a despojarse.
“Mira si conocerás
el abrial de seda verde
que me diste al esposar.”

El hombre al ver aquello
desmaiado se caía hacia atrás
ni con agua, ni con vino
no se podía recordar.
Si no con palabras dulces
que la romera le da.

Bajó su novia de arriba
de su alto ventanal.
“Maldita sea la romera,
quién la ha traído acá.”

“No me la maldiga nadie
que es mi mujer natural,
con ella vuelvo a mi tierra
y adiós, señores, quedad.

Quédese con Dios, mi novia,
vestidita y sin casar
que los amores primeros
son muy malos de olvidar.”